

## ¿Nueva amenaza sectaria en Oriente Próximo?

**Joost Hiltermann**

Joost Hiltermann es subdirector de programa para Oriente Medio y Norte de África en el International Crisis Group (ICG)

*El resurgimiento chiita en Irak ha provocado una fuerte reacción de los sunitas en toda la región, despertando el temor a una incipiente brecha sectaria que tiñe y agrava los conflictos locales. Tras examinar los orígenes, las manifestaciones y las consecuencias del cisma, el autor concluye que la lucha principal que se libra en la región no es entre sunitas y chiitas, sino entre Estados Unidos e Irán. El acercamiento entre estos dos países reduciría en gran medida las tensiones sectarias, aunque la respuesta más eficaz a largo plazo contra el sectarismo sin duda provendrá de las restricciones sistémicas, es decir, de las diversas lealtades, cuyos efectos de contrapeso impiden la primacía de una única filiación, como la pertenencia religiosa.*

.....

### ¿Una creciente brecha sectaria?

Las nuevas y peligrosas divisiones entre sunitas y chiitas en Oriente Próximo, que representan un virulento resurgimiento político de este antiguo cisma del islam han llamado poderosamente la atención. Ese fenómeno amenaza con socavar un sistema estatal semiatrofiado, construido sobre la base de frágiles identidades nacionales y peligrosamente debilitado por la ilegitimidad de prolongados gobiernos autocráticos. La preeminencia chiita en Irak tras la invasión parece haber animado a las poblaciones chiitas de toda la región a protagonizar una renovación chiita, alimentada por siglos en los que prevaleció la discriminación y la represión de la cultura y los rituales religiosos de esa comunidad. Esto ha disparado una fuerte reacción sunita, que alimenta temores de inestabilidad

en los territorios árabes (por ejemplo, las mayorías chiitas que gobiernan Irak y que buscan acceder al poder en Bahrein) y fomenta el separatismo de hecho, como en el caso de la población chiita de la provincia oriental de Arabia Saudí, rica en petróleo.

Aunque es innegable que los discursos sobre la brecha sectaria se han multiplicado y que se han producido espantosos actos de violencia sectaria en Irak, la evolución reciente de la situación no indica la existencia de un abismo infranqueable. El surgimiento del islam chiita como identidad predominante en Irak y en otros países donde los chiitas constituyen la población mayoritaria tal vez sea real, pero ese fenómeno es moderado de manera constante y profunda por fuentes rivales de identidad y de lealtad. La nación, la etnia, la tribu, el clan y la familia siguen siendo marcadores identitarios tan poderosos como la pertenencia religiosa, si no más. En situaciones caracterizadas por el caos y la incertidumbre, como en el Irak actual, donde el Estado ha perdido la posición dominante que ocupaba en todos los aspectos de la sociedad, la identidad de los pueblos se ha fragmentado tanto como las propias fuentes del poder y de la violencia, y la religión no es más que una de tantas entidades que se disputan la lealtad de la población.

En realidad, el conflicto más importante en Oriente Próximo es el enfrentamiento entre un poder “chiita” que se hace pasar por otra cosa –Irán–, por un lado, y Estados Unidos y sus heterogéneos aliados (tanto Israel como los Estados árabes “sunitas”, por ejemplo Arabia Saudí, Egipto y Jordania), por otro. Una intensa rivalidad entre Estados Unidos e Irán, que luchan por el predominio, modifica las alianzas y define o redefine los viejos y nuevos conflictos. Prueba de ello son la evolución hacia la guerra civil en Líbano, el “autogolpe de Estado” de Hamas en Gaza, y la violenta batalla por el poder que se libra en Irak.

Describir esta lucha entre dos superpotencias, una mundial y una regional, como un problema de sectarismo beneficia, a la vez, a los actores políticos que esperan aventajar a los rivales más escrupulosos, y a los regímenes autocráticos que pretenden ganar concursos de popularidad en vez de elecciones libres, para perpetuarse así en el poder. De esta manera, las estrategias políticas alimentan el discurso sectario actual. Si no se le pone coto, este discurso puede transformarse en una profecía autocumplida y crear divisiones políticas donde antes existían solamente diferencias sociales, culturales y religiosas.

Las atrocidades engendradas por el sectarismo (por ejemplo, los asesinatos selectivos de chiitas y yazidíes en Irak) y los discursos incendiarios (un recurso empleado por el difunto jefe de Al Qaeda en Irak, Abu Musab al Zarqawi, por una multitud de clérigos salafíes e incluso por líderes regionales) deberían condenarse públicamente debido al fanatismo que representan y al peligro que entrañan. Sobre todo, el apaciguamiento de las tensiones entre Estados Unidos e Irán suprimiría una de las razones de ser de la retórica sectaria y contribuiría a frenar una tendencia peligrosa. Sin embargo, aunque es urgente mejorar las relaciones entre Estados Unidos e Irán, la respuesta más eficaz para solucionar esta creciente brecha sectaria en Oriente Próximo a largo plazo probablemente resida en la creación de un entorno que permita un efecto de contrapeso entre las diferentes lealtades e impida la primacía de una única lealtad, como lo es la pertenencia religiosa.

## Antecedentes

Durante los últimos tres años, se ha presenciado un alarmante aumento de la violencia sectaria en Irak, acompañada de un discurso crecientemente sectario. Se oye a algunos sunitas hablar de los chiitas como *rafawedh* (“los que rechazan” la afirmación de que el linaje del profeta se remonta a Omar, y dicen descender de Alí), en tanto que algunos chiitas llaman a los sunitas *Umawiyin* (omeyas o descendientes de la dinastía que gobernó el mundo musulmán tras el asesinato de Alí), o incluso wahabitas o *takfiris*<sup>1</sup>. Grupos insurgentes sunitas, como Al Qaeda en Irak, están matando a chiitas (y a otras personas que consideran apóstatas)<sup>2</sup>, mientras que las milicias chiitas asesinan a sunitas. Ambos grupos suelen tomar el nombre que aparece en el documento de identidad de la persona como prueba de su filiación religiosa<sup>3</sup>. También resulta inquietante que el crecimiento del sectarismo en Irak haya encontrado ecos en toda la región y haya puesto al descubierto una fractura que, hasta este momento, era mayormente subterránea<sup>4</sup>.

¿Cuáles son las fuentes de este nuevo sectarismo? Si Arabia Saudí es el lugar donde “comenzó el mensaje [del islam]” en el siglo VII, Irak fue el escenario de los acontecimientos que desgarraron la nueva religión poco después de su nacimiento y desencadenaron los conflictos posteriores entre las dos principales ramas del islam que surgieron más adelante. Los descendientes de Fátima, la hija del profeta Mahoma, y de su esposo Alí, afirman que éste y sus hijos fueron ilegítimamente despojados de la sucesión del profeta en favor de una dinastía rival, la de los omeyas, fundada por Muawiya, quien tomó el lugar de Alí como el cuarto califa. Tanto Alí como, más tarde, su hijo Husein, fueron asesinados en lo que hoy es Irak. Desde aquel momento, los temas recurrentes del islam chiita, que siempre resonaron con fuerza en la historia de Irak, han sido la exclusión, la injusticia y el martirio.

- 1 Los wahabitas son los seguidores de Mohamed Ibn Abdel Wahhab, un predicador saudí de mediados del siglo XVIII. Los *takfiris* son musulmanes que declaran que los musulmanes que siguen otras convicciones son infieles. Por ejemplo, algunos yihadistas salafíes han declarado infieles a los chiitas
- 2 Ejemplo de ello son los atentados con coches bomba perpetrados en dos aldeas yazidíes en agosto de 2007, en los que murieron centenares de personas. Los yazidíes son, en su mayoría, kurdos que adhieren a una religión preislámica que sus detractores, como Al Qaeda en Irak, describen como un culto al diablo.
- 3 Estas observaciones se basan en investigaciones realizadas en Irak separadamente por la Brookings Institution y el International Crisis Group. V. Ashraf al Khalidi y Victor Tanner, *Sectarian Violence: Radical Groups Drive Internal Displacement in Iraq*, Brookings Institution, Washington, DC, octubre de 2006, disponible en [http://brookings.edu/fp/projects/idp/20061018\\_DisplacementinIraq\\_Khalidi-Tanner.pdf](http://brookings.edu/fp/projects/idp/20061018_DisplacementinIraq_Khalidi-Tanner.pdf) (consultado el 22 de septiembre de 2007); International Crisis Group, *The Next Iraqi War? Sectarianism and Civil Conflict*, Bruselas, febrero de 2006, disponible en <http://www.crisisgroup.org> (consultado el 22 de septiembre de 2007). Numerosos sunitas y chiitas en Irak son laicos, pero esta distinción ha ido desapareciendo en el nuevo entorno polarizado, del mismo modo que se ha evaporado la posición política del centro laico. El fenómeno generalizado de los casamientos entre sunitas y chiitas, sobre todo entre las elites laicas, también ha perdido fuerza, dado que los conflictos basados en las diferencias sectarias atraviesan ahora comunidades, vecindarios e incluso familias enteras. Estos acontecimientos causan problemas a las personas cuyos nombres ahora se consideran representativos de alguna de las dos ramas del islam. Para citar un solo ejemplo, se considera que las personas llamadas Alí (en Irak) son chiitas y que las personas llamadas Omar son sunitas, a pesar de que muchos Alíes son sunitas, y muchos Omars, chiitas.
- 4 Algunas de las consideraciones que figuran en este artículo se inspiran en un artículo de Adnan Abu Odeh, ex asesor de alto nivel del rey Husein y del rey Abdalá II de Jordania: “Don’t make too much of Iran”, *Globe and Mail*, 24 de julio de 2006.

A pesar de este comienzo traumático, sunitas y chiitas han vivido casi siempre en paz, en parte porque casi todos los chiitas han aceptado la dominación sunita a la espera del regreso del duodécimo imán, el “imán oculto”, el *mahdi* (básicamente, el mesías chiita). A su vez, los dirigentes sunitas han tolerado a los chiitas. Cuando había disturbios, era porque los actores políticos frecuentemente utilizaban el fervor religioso con miras a ganar apoyo para su causa<sup>5</sup>. Las percepciones tenían un peso importante y eran duraderas. Por estas razones, la rivalidad entre el imperio safávida y el otomano a menudo se planteaba en términos sectarios.

Para comprender el ejemplo más reciente de este tipo de agitación, conviene examinar la revolución islámica que tuvo lugar en Irán a fines de los años 1970 y el resurgimiento chiita que contribuyó a fomentar. La caída del odiado régimen del Cha de Persia reforzó la posición de las comunidades chiitas en toda la región, aunque fracasó el objetivo declarado del nuevo régimen de exportar la revolución islámica. Irak, en una sangrienta guerra que duró ocho años, enfrió el fervor islamista de Irán. En contra de los temores frecuentemente expresados, las comunidades chiitas de los frágiles Estados del Golfo, aunque alentadas a reclamar una representación equitativa dentro de sus respectivos países, nunca adhirieron a los ideales de Jomeini de un islam chiita politizado que defendiese el *wilayet al-faqih*, la autoridad de los juristas teólogos.

Sin embargo, el poder alcanzado por los clérigos iraníes en un país tan rico e importante como Irán sirvió de modelo y de inspiración para los islamistas de todo el mundo, tanto chiitas como sunitas. Por ejemplo, revitalizó la Hermandad Musulmana (sunita). Al mismo tiempo, el resurgimiento chiita provocó una fuerte reacción entre los sunitas, engendrando formas radicales del islam sunita (que, en muchos casos, consistían en grupos desprendidos de la Hermandad Musulmana) y, en especial, el fortalecimiento del salafismo, que se veía a sí mismo como el adversario directo del islam chiita. Sus partidarios encontraron un terreno de prueba en el Afganistán ocupado por los soviéticos, de donde salieron fortalecidos y con un programa de yihad violenta dirigido contra los regímenes represivos de sus países de origen. En ese momento, Arabia Saudí efectuaba cuantiosas inversiones en el resurgimiento sunita, financiando centros de estudios, distribuyendo textos y construyendo mezquitas en todo el mundo musulmán<sup>6</sup>. El violento regreso de los “árabes afganos”, a quienes Arabia Saudí había alentado a combatir contra los soviéticos, fue una consecuencia impensada de este esfuerzo, un efecto de acción y reacción tan peligroso como embarazoso.

5 V. International Crisis Group, *Understanding Islamism*, Bruselas, marzo de 2005, pp. 19–24, disponible en <http://www.crisisgroup.org> (consultado el 22 de septiembre de 2007). Citado en Faiza Saleh Ambah, “In legacy of a revered martyr, Saudi Shiites find sustenance”, *Washington Post*, 31 de enero de 2007. Ésta parece ser la excepción; en la mayoría de los casos, los chiitas han aceptado el poder sunita, opresivo o no.

6 Los saudíes promovieron activamente su religión de Estado, el wahabismo, por razones políticas, a fin de contrarrestar la revolución islámica en Irán. No sorprende que esta particular rama saudí del islam haya sido un poderoso factor de movilización, ya que sus orígenes son más políticos que religiosos. V., p. ej., Faiza Saleh Ambah, “Saudi writer recasts Kingdom’s history”, *Washington Post*, 4 de febrero de 2007, donde se citan los textos del erudito saudí Khaled al Dakhil. Más que salvar a la región de “la declinación de la fe, del politeísmo y de la idolatría generalizada... el objetivo de Muhammad Ibn Abdel Wahhab era crear un Estado fuerte para compensar la desintegración del sistema tribal”, y encontró en Muhammad bin Saud, el fundador de la dinastía saudí, un “patrocinador bien dispuesto” [traducción del CICR]. El surgimiento de la nueva ideología fue acompañado del ostracismo (*takfir* o “excomuniación”) de todos aquellos que tomaron distancia o se rehusaron a unirse al nuevo Estado saudí.

Al principio, no había conflicto directo entre las dos ramas del islam radical, por varias razones: Irán tenía escasa población sunita<sup>7</sup>, su revolución islámica fue eficazmente contenida por Irak y los Estados árabes, y, para los árabes, el sectarismo representado por la revolución quedaba relegado a un segundo plano por el conflicto étnico/nacional que subyacía a la guerra entre el Irán persa y el Irak árabe<sup>8</sup>. En otras palabras, el enemigo principal no eran las hordas chiitas sino las hordas persas que amenazaban las tierras árabes de Irak en una disputa fronteriza entre vecinos, aunque los ataques de los jóvenes soldados iraníes que irrumpían como “olas humanas” eran motivados por el celo islámico chiita y por la veneración que suscitaba Jomeini como jefe supremo de los chiitas. A su vez, la población de Irak, mayoritariamente chiita, luchaba de buena gana e incluso con coraje contra el Irán chiita, expresando en primer lugar su lealtad al arabismo y, en menor medida, su adhesión a un régimen brutal pero laico, cuya forma de violencia característica no era la represión discriminatoria, sino la matanza indistinta de todos los opositores políticos. (Entre los opositores, se hallaban los partidos islamistas chiitas, como el Dawa, inspirado en la revolución iraní, cuyos dirigentes fueron suprimidos, y sus miembros, diezmados por el régimen).

Pero, a lo largo de la guerra entre Irán e Irak, se oían los ecos de la “sectarización” del viejo conflicto entre safávidas y otomanos, ya que los dirigentes de los países utilizaban referencias religiosas para caracterizarse a sí mismos, a sus enemigos y a sus batallas, empleando siempre términos sectarios. Los kurdos failíes fueron uno de los grupos que cayeron víctimas de esta práctica; fueron deportados a Irán por el régimen de Sadam Husein, que alegaba que, en realidad, eran persas. Sin embargo, el hecho de que los kurdos failíes fueran, además, chiitas, no era ninguna coincidencia<sup>9</sup>.

Es debatible la cuestión de si el régimen baasista de Irak era inherentemente sectario o tan sólo proclive a la aplicación de políticas sectarias<sup>10</sup>. El hecho es que su carácter opresivo generó una oposición que, salvo en el caso de los kurdos, tenía un claro matiz religioso. El crecimiento del partido islámico Dawa, por ejemplo, fue

7 Hay en Irán varios grupos musulmanes sunitas, entre los que figuran los árabes, los baluchis y sobre todo, los kurdos. Sin embargo, en el conflicto de los kurdos con el Estado central han predominado las cuestiones nacionales, no las religiosas.

8 Obviamente, es preciso emplear esas categorías con gran prudencia. No hay que dejar de lado el carácter multiétnico de Irán e Irak, ya que ambos cuentan con importantes comunidades turcas y kurdas, además de otras minorías menos numerosas. Por ejemplo, el líder supremo de Irán, Alí Jamenei, no es “persa” sino azerí.

9 Los kurdos failíes no fueron los únicos chiitas iraquíes en ser deportados a Irán, tanto durante la guerra Irán-Irak como antes de ella. La práctica afectaba a todos los chiitas iraquíes clasificados, en el registro de la población iraquí, como “de origen persa” (*taba’iya Faresiya*), en lugar de “de origen otomano” (*taba’iya Othmaniya*). Esta designación provenía de la época otomana, cuando los ciudadanos que procuraban eludir el largo servicio militar invocaban la existencia de un ancestro persa para alegar que no eran súbditos otomanos. El Estado iraquí moderno heredó este sistema a principios de los años 1920. Los regímenes republicanos posteriores a 1958 lo utilizaron para establecer políticas de deportación que servían a sus programas políticos. V. Ali Babakhan, “The deportation of Shi’is during the Iran-Iraq war: causes and consequences”, en Faleh Abdul-Jabar (ed.), *Ayatollahs, Sufis and Ideologues: State, Religion and Social Movements in Iraq*, Saqi Books, Londres, 2002, pp. 183–210.

10 Para un breve análisis de esta cuestión, v. International Crisis Group, nota 3 *supra*, pp. 6–8.

facilitado tanto por la índole opresiva del régimen como por su carácter laico<sup>11</sup>. Más tarde, la revolución islámica en Irán transformó al partido Dawa en una grave amenaza interna para el régimen iraquí, lo que explica la dura represión que se desató contra esa agrupación a finales de los años 1970 y principios de los años 1980<sup>12</sup>.

La represión engendraba resistencia, pero sólo cuando surgía la ocasión. Esa ocasión se presentó a principios de 1991, cuando las fuerzas iraquíes, que imprudentemente habían invadido el territorio de Kuwait, fueron expulsadas por una coalición internacional y obligadas a retirarse en desorden. La percepción de la debilidad del régimen dio lugar a una rebelión popular que pretendía eliminar su presencia del sur del país y, de ser posible, también de Bagdad. Esa revuelta asumió un carácter chiita muy marcado cuando elementos de la organización Badr, el brazo armado del Consejo supremo de la revolución islámica de Irak (CSRII), cruzaron la frontera desde Irán e intentaron tomar el poder. El CSRII y la organización Badr eran creaciones iraníes, por lo cual, cuando se lanzaron a la lucha, el régimen iraquí pudo calificar a estos rebeldes de islamistas chiitas resueltos a instaurar en Irak una teocracia al estilo Jomeini. Esa intervención fue seguida de una ola de represión contra los rebeldes y los miembros de la población que los habían ayudado (un concepto muy elástico). Pero el carácter predominantemente chiita de la rebelión dio a la represión aplicada por el régimen un matiz antichiita, independientemente de hacia quiénes se dirigían las represalias. En esas circunstancias, murieron asesinadas decenas de miles de personas. Para los partidos islamistas chiítas que gobiernan Irak desde las elecciones de 2005 y para muchos otros chiitas, las masacres de 1991 fueron perpetradas contra los chiitas por un régimen sunita (independientemente de su verdadera naturaleza)<sup>13</sup>.

Con su credibilidad interna totalmente minada y su aparato represivo peligrosamente debilitado, Sadam Husein sobrevivió a la “década de las sanciones” de los años 1990 creando nuevas bases de apoyo. Lanzó una “campana de regreso a la fe” (*hamlet imaniya*) a fin de construirse una reputación como hombre religioso. En este proceso, alentó la islamización de la sociedad iraquí, que era mayoritariamente laica, lo cual le valió un generoso apoyo financiero de parte de Arabia Saudí, que estaba tan asustada por la rebelión chiita como el propio régimen de Sadam. Incluso dio un poco más de libertad a algunos clérigos chiitas de Nayaf, como una forma de reducir la influencia de Qom, el principal centro teológico chiita de Irán<sup>14</sup>. Con el mismo propósito (apuntalar su apoyo interno), Sadam Husein revitalizó el moribundo sistema tribal, pagando cuantiosas sumas de dinero a personalidades tribales de cualquier rango, que le juraban lealtad y se transformaban así en jefes de sus res-

11 El partido Dawa fue fundado a fines del decenio de 1950, antes de la llegada al poder del baasismo, en oposición a la popularidad de los partidos laicos como el Baas y, más importante, el Partido Comunista de Irak.

12 V. Abdul-Halim al-Ruhaimi, “The Da’wa Islamic Party: Origins, Actors and Ideology”, en Abdul-Jabar, nota 9 *supra*, pp. 149–61.

13 Las víctimas fueron tanto sunitas como chiitas; del mismo modo, entre los autores de los crímenes había tanto sunitas como chiitas. Uno de los principales secuaces del régimen, responsable de las masacres cometidas en el sur en 1991 y 1992, era Muhamad Hamza al Zubaida, chiita, que murió mientras se hallaba detenido en poder de Estados Unidos en 2005, antes de ser enjuiciado por sus crímenes.

14 De esta manera se fortaleció la figura de Muhamad Muhamad Sadeq al Sadr, padre de Muqtada Sadr, asesinado junto con otros dos de sus hijos en 1999, tras varios años de relativa libertad.

pectivas tribus. También colocó a personas del medio tribal sunita, sobre todo de su región de origen, en cargos clave en el aparato de seguridad.

Para 2003, las raíces del conflicto sectario en Irak ya estaban expuestas, pero fue necesario el regreso de los partidos islamistas que habían sido obligados a exiliarse (sobre todo Dawa y el CSRII) y el surgimiento de partidos nuevos (como Al Qaeda en Irak) para hacer estallar el conflicto latente y transformarlo en un ciclo de sangrienta violencia. Este proceso contó con la complicidad involuntaria de los administradores estadounidenses, ignorantes de la historia, los movimientos, las instituciones y las personalidades de Irak.

## La invasión de Irak como catalizador

El derrocamiento del régimen fue la gota que rebalsó el vaso. La incapacidad de Estados Unidos de restablecer la ley y el orden, ni en las primeras semanas que siguieron a la caída del régimen ni después, hizo que Irak se transformara en el escenario de un caos político y delictivo, en el cual sacaban ventaja los actores no estatales que contaban con medios de violencia importantes. Entre ellos, había grupos insurgentes (en los cuales, inicialmente, participaban miembros de ambas comunidades, sunitas y chiitas, muchos de ellos laicos), milicias vinculadas a los partidos islamistas chiitas y kurdos, y organizaciones criminales.

Las milicias llevaban ventaja, pero como las fuerzas estadounidenses no se desplegaron en forma compacta, yihadistas extranjeros pudieron ingresar al territorio. Su objetivo principal era asestarle un golpe a Estados Unidos estropeando sus esfuerzos por establecer la democracia en un país arruinado por la mala administración y las sanciones. En el ámbito político, grupos que regresaban del exilio ganaron la primacía en un Estado destruido cuyos ciudadanos, muchos de ellos laicos, se hallaban aturridos y desorientados, no tenían experiencia y, en la mayoría de los casos, no estaban preparados para organizarse<sup>15</sup>. Se trataba de los dos partidos kurdos (el Partido Democrático de Kurdistán (PDK) y la Unión Patriótica de Kurdistán (UPK)), el CSRII y el Dawa. Pero el Dawa se había escindido en el exilio, y mientras tanto, el régimen había asesinado a la mayor parte de sus miembros en Irak<sup>16</sup>. Además, dada la ausencia de una verdadera vida política, en los primeros meses, las mezquitas asumieron un papel inusualmente importante, movilizando a comunidades enteras y proporcionando servicios<sup>17</sup>. Si había alguna actividad política, era de índole étnico-religiosa, en el sentido de que se subrayaban las identidades religiosas sunita y chiita (aunque, en ese momento, todavía no se percibían como identidades antagónicas, como sunitas *contra* chiitas).

15 Una notable excepción fue, y sigue siendo, el movimiento Sadr, el único grupo fuera de la región kurda que cuenta con una auténtica base popular, y el único que ha representado una amenaza real al predominio del CSRII y de Dawa.

16 En términos estrictos, el PDK y la UPK no regresaron del exilio: habían gobernado la región kurda desde finales de 1991. Pero, durante ese período, no tuvieron acceso al resto de Irak y participaron activamente en las actividades políticas en el exilio.

17 Las iglesias desempeñaron el mismo papel en las pequeñas comunidades cristianas del país.

La Autoridad Provisional de la Coalición, esto es, la administración estadounidense desplegada en el primer año de ocupación, reforzó esta tendencia, utilizando categorías burdas para identificar las comunidades: árabes/kurdos o sunitas/chiitas, las cuales, en el mejor de los casos, se ajustaban mal a la realidad iraquí, y organizando la vida política sobre la base de criterios étnicos y sectarios. El primer ejemplo institucional de esta modalidad fue el Consejo de Gobierno Provisional, establecido en junio de 2003. Basado en el sistema *muhassasa* aplicado en Líbano (consistente en el reparto proporcional de cargos conforme al tamaño estimado de cada comunidad), estaba compuesto por sunitas, chiitas y kurdos, más un turcomano y un cristiano, que representaban la totalidad del mosaico iraquí<sup>18</sup>. Los gobiernos que le siguieron (el gobierno Alawi en junio de 2004, el gobierno Jafari en mayo de 2005, y el gobierno Maliki en junio de 2006) no pudieron escapar a esta lógica étnico-religiosa ya puesta en marcha y agravada por el predominio de partidos que se basaban en la pertenencia étnica (la UPK y el PDK) o que tenían programas sectarios (los partidos islamistas chiitas y, más tarde, también los partidos islamistas sunitas<sup>19</sup>). La evaporación, primero política y después física, de la clase media mayormente laica no hizo más que empeorar las cosas<sup>20</sup>.

Los partidos islamistas chiitas fueron los primeros beneficiarios del nuevo orden. Al constituir una alianza única (la Alianza Iraquí Unificada), que recibió la bendición de la máxima autoridad religiosa chiita, el Gran Ayatolá Alí al Sistani, tradujeron su superioridad numérica en una victoria electoral en enero de 2005. Ésta permitió al grupo mejor financiado, mejor equipado y más disciplinado, el CSRII, y a Badr, su milicia, hacerse cargo del Ministerio de Interior y de sus fuerzas de seguridad. Esas fuerzas no tardaron en ponerse a la vanguardia de los ataques lanzados como represalia contra los sunitas, acusados de encubrir a grupos de insurgentes como Al Qaeda en Irak. El dirigente de Al Qaeda en Irak, Abu Musab al Zarqawi, había defendido abiertamente los ataques contra los chiitas, a quienes calificaba de *rawafedh* en sus discursos. Consecuentemente, los atentados suicidas cometidos por los sunitas contra multitudes y mezquitas chiitas desencadenaron una nueva y sangrienta espiral de violencia sectaria revanchista, en la cual los escuadrones de la muerte, formados por milicianos que se hacían pasar por fuerzas policiales, mataban indiscriminadamente a sunitas en represalia por los ataques que los insurgentes lanzaban, también indiscriminadamente, contra los chiitas<sup>21</sup>. A medida que crecía el

18 El Consejo de Gobierno Provisional adoleció de dos problemas graves: se transformó en un modelo institucional de sectarismo en la vida política y en la construcción del Estado, y sus denominados políticos representativos eran mayoritariamente iraquíes que, apenas regresados del exilio, no tenían raíces importantes en la sociedad iraquí.

19 En 2005, se creó una coalición islamista sunita, el Frente del Consenso Iraquí (cuyo nombre aparecía frecuentemente en los medios erróneamente traducido como el Frente del "Acuerdo"), que ganó cuarenta y cuatro bancas en las elecciones parlamentarias celebradas en diciembre de ese año. Uno de sus componentes clave es el Partido Islámico Iraquí, la rama iraquí de la Hermandad Musulmana, que, al igual que el CSRII y el Dawa, hasta 2003 actuó desde el exilio.

20 Este estrato de la sociedad fue el gran ausente en las dos elecciones celebradas en 2005, porque no votó o porque lo hizo a favor de la principal lista chiita. Cuando la violencia sectaria creció en Bagdad a partir de 2005, muchos de sus miembros huyeron a Siria o a Jordania.

21 International Crisis Group, nota 3 *supra*, pp. 14–21



número de víctimas, la violencia y la intimidación forzaban a los sunitas a dejar los barrios predominantemente chiitas de Bagdad y viceversa. El atentado con bombas contra el santuario de Samarra, en febrero de 2006, fue un hito clave en esta escalada, ya que llevó la violencia antisunita directamente a las calles<sup>22</sup>.

El CSRII utilizó su poder dentro de la Alianza Iraquí Unificada y como miembro de ella (con respecto a los otros partidos de Irak) para presionar en favor de una nueva estructura estatal iraquí que, una vez establecida, se basaría en divisiones étnicas y religiosas. En agosto de 2005, apoderándose del proceso de redacción de la constitución junto con la lista kurda, igualmente poderosa y disciplinada, el CSRII llegó a un acuerdo importante con los partidos kurdos (en realidad, prácticamente un trato), por el cual los kurdos obtendrían la gobernación de Kirkuk con sus recursos petroleros, a cambio del surgimiento de una súper región federal dominada por los chiitas en el sur (lo que transformaría al líder del CSRII, Abdel Aziz al Hakim, en el “Barzani del sur”, en palabras de un comentarista iraquí<sup>23</sup>). Los árabes sunitas serían apartados y privados de los principales recursos. Este acuerdo informal se reflejó en el texto de la constitución, que fue aprobada por referendo popular dos meses más tarde<sup>24</sup>. La idea del CSRII de instaurar un federalismo meridional ha sido objeto de duras críticas, porque conduce a la disolución de Irak. Los iraquíes nacionalistas, muchos de ellos chiitas (incluso el movimiento de Moqtada al Sadr y el partido Fadhila, con fuerte representación en Basora), se oponen vigorosamente a esta idea, pero no pudieron vencer a la alianza forjada entre el CSRII y los kurdos. En octubre de 2006, se adoptó, por escasa mayoría, la ley que establece el mecanismo de creación de las regiones federales<sup>25</sup>. Algunos observadores occidentales

- 22 Las fuerzas del Ministerio del Interior, controladas por el CSRII, habían estado a la vanguardia de los ataques lanzados en represalia contra los sunitas, que consistían en operaciones llevadas a cabo principalmente por escuadrones de la muerte. A partir del atentado contra el santuario, la violencia se desarrolló en forma abierta, en las calles, encabezada por seguidores de Muqtada Sadr. En esta situación, los sadristas actuaban como el brazo armado del CSRII, que era el cerebro de las operaciones.
- 23 Al parecer, como parte del trato, el CSRII aceptó no impulsar la aplicación de la sharia, el derecho islámico, en todo el país, y dejar esta decisión en manos de las regiones.
- 24 V. International Crisis Group, *Unmaking Iraq: A Constitutional Process Gone Awry*, Bruselas, septiembre de 2005, disponible en <http://www.crisisgroup.org> (consultado el 22 de septiembre de 2007). Si bien las disposiciones de la constitución sobre el federalismo y Kirkuk se originaron en el acuerdo entre el CSRII y los partidos kurdos, el texto era suficientemente impreciso como para permitir interpretaciones divergentes. Lo que es más, en la medida en que el CSRII se proponga crear una super región chiita, es posible que la constitución no le sea muy útil. A la vez que establece el federalismo regional, prescribe un sistema que parte de la base y se apoya en referendos locales, cuyo resultado puede ser muy diferente del previsto por el CSRII. Sin duda, los kurdos salieron mejor librados con el texto sobre Kirkuk, que les dio la posibilidad de obtener la zona por referendo popular, pero en el otro caso, el resultado se torna incierto por la existencia de una oposición masiva. Para un análisis del conflicto relacionado con Kirkuk, v. International Crisis Group, *Iraq and the Kurds: The Brewing Battle Over Kirkuk*, Bruselas, julio de 2006, e *Iraq and the Kurds: Resolving the Kirkuk Crisis*, Bruselas, abril de 2007, ambos disponibles en <http://www.crisisgroup.org> (consultado el 22 de septiembre de 2007).
- 25 El estudio más interesante sobre el federalismo meridional fue escrito por Reidar Visser. Sus textos pueden consultarse en <http://historiae.org> (consultado el 22 de septiembre de 2007). La desintegración de Irak probablemente no sea el objetivo del CSRII, sino una consecuencia involuntaria de su intento por conservar el poder. Debido a la falta de un apoyo popular fuerte, el CSRII ha utilizado su poderosa milicia y el apoyo de Irán como fuentes de poder. El dominio de una súper región meridional y sus vastos recursos petroleros perpetuaría el poder del CSRII y lo haría autosuficiente. A decir verdad, el CSRII ha justificado su presión en favor de una región meridional como una medida de defensa contra la violencia de la comunidad árabe sunita insurgente. Sin embargo, no queda claro cómo el hecho de rechazar a los árabes sunitas protegerá a los chiitas contra la violencia.

vieron en la evolución de este proceso una posible solución a la crisis, que se agrava día a día, y propusieron dividir el país en tres partes, Kurdistán, “Chiistán” y “Sunistán”, atendiendo a los precedentes históricos, las realidades actuales y los deseos de la mayoría de la población. El hecho de estar equivocados con respecto a los tres puntos no los ha desalentado<sup>26</sup>.

El futuro de Irak se parece más al caos generalizado de un Estado colapsado que a una clara división étnico-religiosa (aunque la región kurda tiene probabilidades de conservar su integridad, siempre que sus dirigentes logren negociar la espinosa cuestión de las fronteras, sobre todo en Kirkuk). Esta situación lleva a preguntarse por qué Estados Unidos facilitó el acceso de los chiitas al poder (a menos que, como muchos iraquíes, uno adhiriera a la hipótesis conspirativa de que Estados Unidos tenía la intención de dividir Irak desde el principio). La respuesta es que Estados Unidos realmente no tenía esa intención. Lo que deseaba hacer era instaurar la democracia en Irak, lo cual, en primera instancia, significaba llamar a elecciones. Si el resultado lógico de las elecciones libres era el ascenso al poder de los chiitas, no se tenía conciencia de esa posibilidad o no se la consideraba un problema. La administración Bush tal vez esperaba llevar al poder a un régimen laico, apoyando y prestando ayuda económica a iraquíes en los que confiaba, como Ahmed Chalabi e Iyad Allawi. Esta maniobra no tuvo el efecto deseado, dada la manifiesta impopularidad de ambos entre los iraquíes, el surgimiento de la política religiosa y la creciente pérdida de influencia de Estados Unidos, que cometía un error tras otro en sus intentos por pacificar y reconstruir el país. El problema era que los chiitas no habían ganado las elecciones por sí solos, sino mediante una coalición de partidos islamistas chiitas. Independientemente de que la población iraquí chiita apoye o no a alguno de estos partidos (más allá de votar por ellos en las elecciones), ahora que están en el poder, los chiitas no permitirán que se los prive de esta ocasión histórica de gobernar un país árabe, y por el momento, van a tolerar a los partidos islamistas.

## La retórica sectaria y el factor iraní

Para los vecinos árabes de Irak (Arabia Saudí, Jordania y los Estados del Golfo), la estrategia de Estados Unidos en Irak era completamente desconcertante. No podían comprender por qué la administración Bush haría a Irán el favor de permitir que los chiitas subieran al poder en un país árabe. Esto explica las virulentas advertencias de los líderes árabes en vísperas de las primeras elecciones, en enero de 2005. En una entrevista

26 Los proponentes occidentales de la partición aducen que Irak es una creación artificial surgida del Imperio Otomano; que los tres *vilayets* otomanos de Mosul, Bagdad y Basora constituyen una base natural para formar tres regiones hoy; que los iraquíes, por elección o por intimidación, ya se han consolidado en sus propias regiones, y que la mayor parte del pueblo iraquí ha expresado que no puede convivir con miembros de las otras comunidades. En realidad, la noción de Irak tiene una larga historia, que incluye prolongados períodos de pertenencia al Imperio Otomano. Los tres *vilayets* otomanos, que existieron solamente durante los últimos treinta años del imperio, no reflejaban una homogeneidad étnica ni religiosa. Incluso hoy en día, la población sigue mezclada en casi todo el país, a pesar de las campañas sectarias de “limpieza”; por otra parte, cada vez que votan, casi todos los iraquíes indican que prefieren que Irak siga unificado; muchos de ellos apoyan la idea del federalismo administrativo basado en gobernaciones. Los principales defensores de la idea opuesta son los kurdos, que desean la independencia. Los partidarios de la partición no han propuesto solución alguna para Bagdad, ni han explicado de qué modo su solución es compatible con la constitución iraquí que dicen sostener.

con el *Washington Post*, el rey Abdalá II de Jordania señaló que la creciente influencia de Irán en Irak se sentía en toda la región y que podía generar un “arco” de movimientos o de gobiernos chiitas dominantes que se extendería desde el Líbano hasta el Golfo<sup>27</sup>. Como era de esperarse, esas opiniones provocaron la cólera de los chiitas y el monarca no tardó en desdecirse, declarando que se refería a los chiitas como comunidad no religiosa sino *política*, sostenida por Irán<sup>28</sup>. Esta aclaración no calmó la ira de los chiitas, porque lo que el rey de Jordania realmente estaba diciendo era que consideraba que los partidos chiitas de Irak actuaban por cuenta de los iraníes. Este punto de vista fue confirmado por Hosni Mubarak, quien, en abril de 2006, declaró que “la mayoría de los chiitas” que residen en los países árabes “son leales a Irán, no al país en el que viven”.<sup>29</sup> En otras palabras, los Estados árabes consideraban que, mediante el apoyo a las comunidades chiitas de la región, Irán impulsaba sus propios intereses<sup>30</sup>. Estas campanas de alarma sonaban algo excesivas; el “arco” abarcaba a Siria, cuyo régimen encabezado por alauitas no es universalmente reconocido como chiita (ciertamente no por él mismo) y no ha manifestado intención alguna de participar en una alianza chiita interregional. Sin embargo, Siria mantiene desde hace tiempo una relación estratégica e interesada con Irán. Por ello, si bien se percibía que la principal amenaza venía de Irán, Siria también estaba implicada en ella<sup>31</sup>.

- 27 Citado en Robin Wright y Peter Baker, “Iraq, Jordan see threat to election from Iran”, *Washington Post*, 8 de diciembre de 2004.
- 28 *Jordan Times*, 6 de enero de 2005. Jordania participó en un esfuerzo por construir un “muro árabe” contra el creciente poder de Irán. En la iniciativa participaban Arabia Saudí, Jordania y la mayoría de los Estados del Golfo contra Irán, Siria, Qatar, Hezbollah y Hamas. La lealtad de Siria es cuestionada, y este país (con una población mayoritariamente sunita pero cuyo gobierno está en manos de la minoría alauita) podría dar un golpe de timón decisivo. El hecho de presentar a Qatar, con su importante base militar estadounidense, como un aliado de Irán se relaciona más con las disputas que Qatar mantiene con Arabia Saudí, que con una alianza entre países del Golfo.
- 29 *USA Today*, 13 de abril de 2006. Las declaraciones de ambos dirigentes eran totalmente interesadas. Parecían decir a Estados Unidos, su aliado: “Veán, esto es lo que se cosecha cuando se organizan elecciones libres en países como los nuestros: los islamistas en el poder y el papel cada vez mayor de Irán en la región”. Es interesante señalar que esas declaraciones se ajustaban a las opiniones anti-chiitas expresadas por los sunitas *takfiri*, como el líder de Al Qaeda en Irak, Abu Musab al Zarqawi – una alianza insólita si las hay, al menos desde el punto de vista del rey Abdalá II, cuyo régimen ha sido blanco de violentos atentados por parte de Zarkawi, en especial los ataques contra tres hoteles el 9 de noviembre de 2005.
- 30 El régimen iraní replicó con su propia retórica. En palabras del líder supremo Alí Jamenei: “Aquellos que usan maliciosamente el *takfir* [léase Zarqawi] para declarar que grandes grupos de musulmanes no son creyentes, aquellos que insultan la santidad de las diversas ramas del islam [léase los que atentaron contra el santuario de Samarra], aquellos que traicionan y apuñalan por la espalda a los jóvenes libaneses [léase Hezbollah], que son fuente de honor para la *umma* musulmana, aquellos que, para complacer a los norteamericanos y a los sionistas, hablan de la falsa amenaza de un arco chiita, aquellos que incitan a las luchas fratricidas y a la anarquía en Irak a fin de derrocar a su gobierno islámico y popular, y aquellos que presionan, con o sin intención, al gobierno elegido de Hamas en Palestina, serán condenados, aborrecidos por la historia y por las generaciones futuras y considerados mercenarios del enemigo brutal”. *Islamic Republic News Agency*, 29 de diciembre de 2006.
- 31 Otra de las razones que llevaba a los regímenes árabes a rechazar la idea de celebrar elecciones en Irak era que tal vez percibían un ambicioso plan iraní destinado a minar sus regímenes en toda la región mediante el apoyo a movimientos islamistas que, en elecciones libres, probablemente alcanzarían el poder. Dijo un observador: “Irónicamente, Irán ha sido el principal partidario de la democracia árabe, porque la mejor forma de socavar los regímenes actuales es promover los movimientos islamistas populares como Hezbollah en Líbano, la Hermandad Musulmana en Egipto, Hamas en Palestina y la mayoría chiita en Irak”. Shlomo Ben-Ami, “Let’s consider reaching a grand bargain with Iran”, *Daily Star*, 17 de septiembre de 2007.

¿Ha creado el sectarismo una situación irreversible? ¿El espectro chiita que planea sobre el Mashreq se torna realidad? Tal conclusión sería prematura. Todo indica que el nacionalismo étnico sigue moderando y diluyendo las pasiones sectarias, tanto en Irak como en el conjunto de la región. Así lo demuestra la división de la Alianza Iraquí Unificada con respecto a la cuestión del federalismo meridional. Del mismo modo, la actitud arrogante y condescendiente de Irán hacia los partidos chiitas iraquíes, que éstos resienten por considerarla racista (antiárabe), socavará toda iniciativa importante en favor de una alianza chiita internacional<sup>32</sup>. Quizá la palabra *rawafedh* se utiliza ampliamente en la comunidad sunita para designar a los chiitas del país, pero un término más corriente, que usan tanto los sunitas como los chiitas laicos para designar a los partidos islamistas chiitas y a sus seguidores, es *safawiyin*, descendientes de la dinastía iraní (chiita) de los safávidas; dicho de otro modo, iraníes<sup>33</sup>. Los chiitas en Irak sienten menos simpatía aún hacia Irán y su sistema de gobierno.

Lo mismo puede decirse del papel de Irán y de las relaciones entre los chiitas en otros lugares de la región. Prueba de ello es la guerra que tuvo lugar en Líbano en julio de 2006. Si bien puede decirse que Irán apoyó a Hezbolá por solidaridad con los chiitas, también puede decirse, con mayor razón, que había una convergencia de intereses entre Irán y Hezbolá en cuanto a contrarrestar lo que consideraban como un plan de Estados Unidos e Israel para cambiar el mapa de la región. También por esta razón, Irán apoya a Hamas, el ala palestina de la Hermandad Musulmana, movimiento manifiestamente sunita. Pero, aunque gran parte de la población en los territorios ocupados aprecia mucho la solidaridad de Irán con los sufrimientos de los palestinos, el atractivo de Irán como potencia regional es muy escaso<sup>34</sup>. Es interesante señalar que, durante la guerra de julio, Hasan Nasrallah, dirigente de Hezbolá, se esforzó por restar importancia a los orígenes chiitas de su movimiento, al tiempo que subrayaba el carácter nacionalista árabe de su lucha contra Israel y la presentaba como un movimiento de resistencia nacional que peleaba contra una potencia ocupante colonial y predatora. Por ejemplo, Al Manar, la cadena de televisión de Hezbolá, difundía canciones naseristas que eran populares en Egipto en los años 1950 y que suscitaban reacciones entusiastas en el pueblo egipcio. Si se analiza lo que los islamistas sunitas pensaban de Hezbolá, se constata que casi todos ellos lo apoyaron incansablemente durante el conflicto y que solamente los *takfiris* salafíes fundamentalistas lo criticaron por servir los intereses chiitas e iraníes<sup>35</sup>.

32 Sin embargo, si se ven obligados a defenderse, esos mismos partidos podrían refugiarse en los brazos protectores de Irán.

33 A la inversa, muchos chiitas se refieren ahora a los sunitas simplemente como *irhabiyin* (terroristas), epíteto de connotaciones políticas.

34 Irán y su extravagante presidente, Mahmud Ahmadineyad, pueden ganarse el apoyo popular en las calles musulmanas defendiendo la causa palestina y atacando a Estados Unidos e Israel, porque la gente acusa a sus propios regímenes, represivos y pro americanos, de no apoyar esas ideas. Pero esta clase de solidaridad emocional es superficial y no significa una adhesión a las políticas iraníes. Ejemplos de las entusiastas reacciones a esos despliegues de Ahmadineyad pueden hallarse en Jeffrey Fleishman, "Ahmedinejad hailed in Middle East", *Los Angeles Times*, 24 de septiembre de 2007.

35 Reuven Paz, "Hotwiring the apocalypse: jihadi Salafi attitude towards Hizballah and Iran", *PRISM*, Occasional Papers, vol. 4 (4) (agosto de 2006).

Sin embargo, tanto la guerra de julio en el Líbano como el descenso de Irak hacia la guerra civil son síntomas de un malestar más profundo en Oriente Próximo, que se origina en la no resolución de problemas que alimentan profundos enconos, como el conflicto israelí-palestino y la ilegitimidad del sistema estatal árabe. La división sectaria es tan sólo uno de los muchos peligros engendrados por ese malestar. El caos en Irak ha causado la fragmentación de la sociedad y suscitado la mentalidad de estado de sitio en comunidades que no tienen otra opción que la de confiarse a la protección de un abanico cada vez mayor de actores no estatales, milicias, grupos de insurgentes, mafias criminales, los cuales, de ese modo, refuerzan su poder. A partir de esta situación, surgen numerosas lealtades e identidades nuevas, en detrimento de la identidad nacional iraquí.

La victoria de Hezbolá (su capacidad de sobrevivir a los ataques de una fuerza militar muy superior) tuvo el paradójico efecto de limitar el margen de maniobra de ese movimiento. Hezbolá gozó de gran popularidad en el mundo árabe en ese momento, mientras jugaba con éxito la carta de la resistencia, pero no podrá volver a jugar esa carta tan fácilmente, porque eso causaría más destrucción y posiblemente privaría a la organización del apoyo del que todavía goza en Líbano, incluso entre los chiitas. Es posible que los verdaderos ganadores sean los grupos sunitas radicales del movimiento Al Qaeda, envalentonados por el hecho de que Israel perdiera su capacidad de disuasión y por verse libres de las restricciones que afectan a Hezbolá<sup>36</sup>. Sus principales adversarios son los regímenes árabes cuya bancarrota moral como representantes de sus pueblos está en evidencia desde hace tiempo. El conflicto de julio puso de manifiesto la fragilidad de esos Estados: tras criticar duramente a Hezbolá por su temeraria actitud aventurera al provocar la desproporcionada reacción de Israel, algunos regímenes pronto se vieron obligados a retractarse, bajo la presión popular. Los árabes de la calle apoyaban en un cien por ciento a Hezbolá, aunque, curiosamente, no notaban la participación iraní, que para esos regímenes era obvia. Aunque no sea tan fácil derrocar a los regímenes que se basan en Estados policiales, el doble desafío de la intervención militar occidental y el descontento popular generalizado sin duda los debilitará.

La agresiva postura interna de Hezbolá hacia el Gobierno de Líbano y el “autogolpe de Estado” de Hamas en Gaza erosionaron algunas de las ventajas que los partidos islamistas obtuvieron en toda la región. Con su ofensiva en favor del poder chiita en Líbano, Hezbolá demostró que, a fin de cuentas, sigue siendo un partido sectario. Hamas también es sectario, amén de ser nacionalista; los cánticos de “¡chiitas, chiitas!” coreados (¡contra sunitas!) en los mítines de Fatah se lo recordaron dolorosamente. En particular, el “linchamiento” (por chiitas) de Sadam Husein (sunita) tuvo el dramático efecto de abrir los ojos del público, momentáneamente encandilado por la victoria nacionalista de Hezbolá, a la influencia chiita/iraní que impulsó esa victoria.

36 Prueba de ello es la prolongada batalla librada en 2007 entre Fatah al Islam, un grupo yihadista instalado en el campamento de refugiados de Nahr al Bared, en el norte de Líbano, y las fuerzas armadas libanesas.

## Conclusión: contrapesos entre las diversas tendencias

La realidad actual consiste en una batalla todavía indecisa entre identidades antagónicas y en un público tironeado de acá para allá por regímenes que libran una lucha de vida o muerte con los que, según su percepción, son sus enemigos. Más que una evolución hacia una nueva identidad global —nacionalismo o religión— estamos ante la fragmentación de esas mismas identidades y el regreso a identidades más antiguas y primordiales: la familia, el clan, la tribu, el grupo étnico y los dirigentes locales, vivos o muertos (señores de la guerra, clérigos, hombres sabios o santos).

Aunque sea difícil prever el resultado de esta batalla, conviene tomar nota de algunas tendencias:

- Irán despliega esfuerzos considerables por transformarse en la potencia predominante en el Golfo. Es posible que su avance sea imparable. Sin embargo, el éxito de Irán a largo plazo podría depender, en última instancia, de la forma en que el régimen presente el país: como chiita, como persa, o como algo más amplio, que abarque el mosaico de su propia sociedad: una potencia regional que trascienda esas identidades conflictivas y que gobierne los pueblos aplicando principios de equidad e igualdad. El objetivo de Irán es reducir la influencia de Estados Unidos e Israel, más que impulsar a Hezbolá hacia el poder para que gobierne Líbano en nombre de Irán. Irán tiene un interés pragmático en forjar relaciones viables con sus vecinos.
- Dos de las potencias clave en la región, Irán (que representa a chiitas y persas) y Arabia Saudí (que representa a sunitas y árabes) han iniciado un diálogo para morigerar la denigración mutua y crear un espacio para el entendimiento en Irak, Líbano, Palestina y en todo otro lugar donde se enfrentan estas potencias y sus respectivos intereses. En última instancia, independientemente del papel que desempeñen las potencias exteriores, las soluciones regionales deberán surgir principalmente de los esfuerzos regionales por la construcción de la paz.
- Es posible que las capas superiores de la clase media laica de Irak vivan fuera de Irak en estos momentos (tanto sunitas como chiitas, aunque los primeros probablemente sean los más numerosos), pero podrían tener un papel importante que desempeñar. La mayoría silenciosa de la población, tanto dentro como fuera del país, rechaza categóricamente la idea de la partición, pero mientras reinen el caos y la violencia, los iraquíes seguirán siendo absorbidos por identidades comunitarias. De aquí a diez o veinte años, tal vez afronten el difícil desafío de reconstruir Irak de manera no sectaria.
- Incluso en el Irak sectario, hubo importantes intentos por forjar alianzas entre comunidades y fortalecer la noción de “chiitas árabes” (por ejemplo, el movimiento sadrista, Fadhila y muchos independientes de la Alianza Iraquí Unificada), en oposición a los chiitas iraníes (CSRII y Dawa). Las luchas internas de las propias comunidades sunitas y chiitas también contribuirán a limitar los conflictos entre esas dos facciones.

- Desde el punto de vista social, se han popularizado los casamientos entre suni-tas y chiitas (de clase media). Aunque esta tendencia se verá afectada por las tensiones sectarias en Irak, es poco probable que cambien los hábitos de las familias musulmanas en las sociedades mixtas no afectadas por la violencia.

Por alentadoras que sean algunas de estas tendencias, los acontecimientos recientes anuncian tiempos extremadamente peligrosos en Oriente Próximo (y, por ende, en el mundo). Los años próximos podrían ser testigos de la división violenta de Irak, del cuestionamiento de todas las fronteras post-otomanas, de conflictos regionales (una réplica de la guerra Irán-Irak, pero esta vez directamente entre Irán, por una parte, y los antiguos protectores de Irak, los Estados árabes, por otra), de la represión de las comunidades chiitas (en Arabia Saudí, Kuwait y Bahrein), de la intervención estadounidense en Irán, de la continuación de la ocupación, la expropiación y la colonización que sufren los palestinos por parte de Israel, y de revueltas populares, azuzadas por atentados de tipo Al Qaeda contra los regímenes árabes.

Independientemente de lo que se pueda pensar del derrocamiento del régimen iraquí por Estados Unidos y de las desastrosas medidas de “construcción de naciones” aplicadas por este país, ahora que la situación está peligrosamente fuera de control, conviene a los intereses de toda la comunidad nacional prevenir acontecimientos aún peores. Todos los esfuerzos deberían dirigirse hacia la estabilización de Irak, ayudando a sus numerosos actores políticos a alcanzar un acuerdo global acerca de las principales cuestiones –indisolublemente ligadas entre sí– de la estructura del Estado, la división de los poderes y la distribución de los ingresos procedentes del petróleo. Este nuevo pacto nacional podría apaciguar las tensiones sectarias y reducir la violencia. Estados Unidos debería proclamar su clara intención de retirarse progresivamente de Irak una vez que el enorme vacío creado por su guerra haya sido colmado por una nueva estructural estatal duradera. Al mismo tiempo, es preciso revitalizar el proceso de paz en Israel y Palestina en todos sus aspectos. Y Estados Unidos y sus aliados deberían establecer un diálogo con Siria e Irán sobre todas las cuestiones que los dividen, fundamentalmente el programa nuclear iraní. Toda estrategia que no contemple estas medidas puede desatar una catástrofe.